

»diciendo: ¿Es esta la ciudad de perfecta hermosura, gozo del universo? Y los enemigos dijeron: Ansiábamos este día, ahora la devoraremos. ¡Oh Señor, mira mi desconsuelo, mira como me han vendimiado. En los santuarios fueron muertos el sacerdote y el profeta; yacían en tierra el anciano y el niño; el hierro dió muerte á los valientes; llamaste á gentes que la asolasen, como si los convidaras á una fiesta. Tendimos la mano al egipcio y al asirio para satisfacer nuestra hambre; las mujeres cocieron y comieron á sus hijos. ¡Oh Señor, ¿nos olvidarás? Bueno es esperar en tí y aguardar en silencio la redencion del Señor. Bueno es que el jóven lleve el yugo en la juventud; se sentará solitario y callará elevándose sobre sí mismo, y cuando brillé la esperanza cerrará la boca y á quien lo hiera ofrecerá la mejilla. Fuimos iníquos en nuestras obras, y sobre todos nosotros cayó el castigo de tu enojo. No cierras los oídos á nuestro llanto. Tú darás el pago á nuestros enemigos, á tí también, hija de EDOM, llegará el cáliz y vendrás á quedar ébria y desnuda.»

## CAPITULO X.

Artes y cultura de los hebreos.

En la sagrada Escritura encontramos antigua mencion de artes que suponen una civilizacion avanzada. Prescindiendo de la construccion de la Torre de Babel y de las caravanas encontradas por los hermanos de José, desde el tiempo de Abraham se habla de dinero, ofreciendo Eleazar á Rebeca zarcillos del valor de dos siclos y brazaletes que valian diez. Abimelec da á Abraham mil siclos para comprar un velo á Sara, y con otros tantos compra aquel patriarca la sepultura de su familia. También José tenia una túnica de varios colores que excitó la envidia de sus hermanos, y Job compara la vida á la rapidez de la lanzadera.

Con su actividad infatigable y su constante voluntad, supieron los hebreos sufrir desastres que hacen desaparecer á otros pueblos de la superficie de la tierra. A la voz de la patria acudieron siempre con sumo valor, ya cuando conquistaron con Josué, ya cuando bajo el gobierno de los jueces se redimieron de los tributos. La tierra prometida les daba abundantes frutos

para satisfacer sus necesidades; vivos manantiales bajaban de los montes; y abundantes ríos, unidos con las lluvias de primavera y otoño, fecundaban la tierra. Gaza, Ascalon, Sarepta, producian vinos muy buscados por el extranjero; las abejas preparaban en sus valles una miel exquisita; destilábanse preciosos bálsamos en las llanuras de Jericó, célebres por sus rosas; el Jordan y el lago de Genesaret daban abundante pesca; el lago Asphaltites producía sal, y los prados ofrecian alimento á rebaños numerosos. Ahora, desde que la mano del hombre cesó de auxiliar á la naturaleza, son muy diferentes las condiciones de aquel país; pero los hebreos habian, por decirlo así, fabricado el terreno, elevándolo con terrados artificiales hasta la cumbre de sus escabrosas montañas; y así, en un espacio que apenas es como la mitad de la Suiza, lograron mantener una poblacion más numerosa que la de ningún pueblo. En todas partes arboles frutales, nogales, palmeras, higueras, alfonsigos, granados, además del alimento ofrecian la sombra tan deseada en aquel clima abrasador. Hoy la vid casi ha desaparecido, y apenas interrumpen la uniforme aridez del terreno unos cuantos olivos y granados; el mismo Jordan se ha empobrecido y ha cambiado de direccion.

En cambio prestaron poca atencion á las artes mecánicas, abandonando la industria á manos esclavas. Educados en la vida nómada, gustaron siempre de esparcirse entre los pueblos; por más que Moisés procuró desviarles de esta aficion. Aunque poseian diversos puertos, no eran inclinados al comercio marítimo, que se hacia casi solamente por los idumeos. Para la fábrica de su templo, Salomon empleó artistas fenicios; sin embargo, la Escritura nos habla de Beseleel, de la tribu de Judá, y Ooliab, de la tribu de Dan, que sabian trabajar en plata, oro, bronce, mármol, gomas y maderas, y que hicieron en el desierto el Tabernáculo y los vasos sagrados. (Salmo CXXXVI.)

Los hebreos como los egipcios embalsamaban á los personajes principales; y enterraban á la gente del vulgo. Mujeres asalariadas lloraban por el difunto; recitábasele oraciones fúnebres, y cánticos como el de David por la muerte de Saul, y el de Jeremías por el rey Josias. Depositado el cadáver en el sepulcro,

los que habian intervenido en el funeral, se consideraban como contaminados y debian purificarse. El luto iba acompañado de ayuno, no comiéndose sino despues de puesto el sol, y sólo pan, legumbres y agua, encerrándose en casa, sentándose en la ceniza, y en profundo silencio, que no se interrumpia sino con gemidos profundos y rezos de muertos. Esto duraba siete dias. Al final de la misma llanura, al Norte de Jerusalem, se ven todavía sepulcros de gente principal en grutas subterráneas sin aparato alguno exterior, como para recordar que allí concluyen todas las vanidades de la vida. El fondo del valle de Josafat está cubierto de piedras blancas, que señalan el sitio donde duermen los millares de hebreos, que en todos tiempos y de todos países, vuelven á Sion para exhalar el último aliento en la tierra porque siempre suspiraron, en que confian todavía, y á la cual los une á pesar de la universal reprobacion el nudo misterioso de una fé, que no han podido disminuir tantos siglos ni tantas desventuras.

Sus monarcas reunieron inmensas riquezas que guardaban en tesoros, segun todavía se acostumbra en Oriente. David, entre los productos de la guerra, los tributos, el comercio y sus ahorros, reunió la enorme suma de 1,248 millones de francos para la construccion del templo. Del fruto de sus propios campos y de la contribucion que imponian sobre los demas, sacaban los reyes hebreos grandes cantidades; y parece que la renta anual de Salomon ascendia á 46 millones de francos, sin contar los arrendamientos, los derechos de peaje, las gavelas sobre géneros y pasajeros, ni los donativos de los reyes árabes y gobernadores de las provincias. Así la Escritura dice que en su tiempo no se hacia caso en Jerusalem del dinero, pues tan comun se habia hecho.

Tanta riqueza no aprovechaba ni moral ni económicamente á un pueblo pastor y agrícola cuya índole se manifiesta en las imágenes de que está llena su poesia, y en las composiciones que demuestran cómo se conservó la ingenuidad en los campos aun despues de haberse corrompido las ciudades. Véase una pintura de ella en el idilio atribuido á Salomon, titulado y segun la voz hebrea *Cántico de los Cánticos*.

«No mireis que soy morena, dice la pastor-

»cilla; mis hermanos me han puesto á guardar la viña, y la viña no guardé. Oh amado del alma mia, dime ¿dónde apacientas, dónde pasas la siesta? Tú eres de mí tan querido como un racimo de Chipre de las viñas de Engaddi. Hermoso eres, oh amado mio; florido es nuestro lecho; de cedro es el techado de nuestra casa, y de ciprés las vigas. Como el manzano entre los árboles silvestres, así es mi amado entre los demas hombres. A su sombra me senté como deseaba, y su fruto dulcificó mi garganta. Oh, cúbreme de flores porque desfallezco de amor. Que tu mano izquierda sostenga mi cabeza, y tu derecha me acaricie. Esta es su voz: vedlo como viene saltando por los collados como el cabrito. Ya está detrás de nuestra pared mirando por las ventanas, acechando por las celosias...

»Por la noche, en mi lecho busqué al que ama mi alma, lo busqué y no lo encontré. Me levanto y recorro la ciudad; por colinas y plazas busco á mi amado, lo busco y no lo encuentro. Las patrullas me encuentran. Oh, ¿viste á mi dulcísimo? Y lo encuentro y lo abrazo; no lo dejaré hasta que le lleve á casa de mi madre...

»Bajé al huerto de los nogales para ver si estaban hermosas las manzanas, si la vid florecía, si habian brotado los granados. Oh, ven, amado mio; salgamos al campo; vivamos en las granjas; de madrugada recorreremos los campos para ver si de las flores nacen los frutos. Allí te daré dulzura; para tí he guardado las nuevas flores y las antiguas... Oh si fueses mi hermano, oh si te hubieses amantado conmigo á los mismos pechos! Hallándote fuera de casa, te besaria y nadie me culparia por ello. Yo asiré de tí: te llevaré á casa de mi madre, y allí me instruirás, y te daré vino mezclado con jugo de granada. Salomon tiene una viña rodeada de álamos, y la da á guardar, y le dan por sus frutos mil monedas cada año. Téngase él su viña y sus mil monedas y los doscientos que la custodian: eres mi viña tú.»

Y dice el amigo: «Por los cabritos y los cerbatillos de los campos, hijas de Sion, os ruego no inturumpais el sueño de mi amada; de paloma son sus ojos; como el lirio entre espinas, así sobresale entre las doncellas. Levántate y



»ven, amiga mía, hermosa mía. Ya se abrieron  
»las flores en nuestra tierra; se ha oído el ar-  
»rullo de la tórtola; la higuera ha dado sus fru-  
»tos, y la vid en flor esparce sus perfumes. Oh,  
»cazadnos las raposas que devastan la viña.....

»¿Quién es esa que sube del desierto como  
»la vara de humo que asciende del incensario?  
»Oh qué hermosa eres amiga mía! Tus cabe-  
»llos son como las cabras que pacen en el mon-  
»te de Galaad; tus dientes como manadas de  
»corderillos esquilados; tu talle esbelto como la  
»palma; tus mejillas como los trozos de la gra-  
»nada; tus pechos semejantes á dos cervatillos  
»que pacen entre lirios. Ven del Líbano; ven y  
»serás coronada. Tú eres un huerto cerrado,  
»una fuente sellada; ven á mi huerto, herma-  
»na, y esposa mía. Yo recogí la mirra con los  
»aromas, probé la miel de las abejas, bebí el  
»vino con la leche. Oh amigos, comed, bebed,  
»embriagaos, oh muy amados.

»Senta reinas tiene el rey y ochenta con-  
»cubinas, é innumerables doncellas; una sola  
»es la paloma mía, mi perfecta: la vieron las  
»reinas y las concubinas, y la exaltaron por fe-  
»licísima.»

En otro paraje cuenta la esposa una aven-  
tura nocturna:

«Yo duermo, pero vela el corazón. Y oigo la  
»voz de mi amado que clama: *Abre hermana*  
»*mía, paloma mía, inmaculada mía, que tengo*  
»*la cabeza húmeda de rocío, y los cabellos empa-*  
»*cados en las gotas de la noche.* Me he quitado  
»la túnica, ¿deberé ponérmela otra vez? Me he  
»lavado los pies, ¿deberé ensuciarlos de nuevo?  
»Mientras dudo lo que debo hacer, mi amado  
»pone la mano en el pestillo, y yo palpitante  
»me levanto para abrirle: mis manos destilan  
»mirra. Mas cuando hube abierto, ya se había  
»marchado. Mi alma se deshizo de dolor. Lo  
»busqué, no lo encontré, lo llamé, no respon-  
»dió. Me hallaron los centinelas y me dieron  
»de golpes, y los guardias de las murallas me  
»quitaron el manto. Oh hijas de Jerusalem, de-  
»cid ¿habeis visto á mi amigo? Anunciadle que  
»desfallezco de amor. Mi amado, si no le cono-  
»ceis, es blanco y sonrosado, se distingue entre  
»mil. Su cabeza es oro purísimo; sus cabellos  
»son negros como las alas del cuervo, y rizados  
»como las palmas; sus ojos como blanquísimas  
»palomas, sus mejillas como vasos de perfu-

»mes; sus labios son lirios que exhalan la pri-  
»mera fragancia; es hermoso como el Líbano,  
»y excelente como el cedro. Tal es mi amado,  
»y me ama, oh hijas de Jerusalem.»

Ningun idioma posee un idilio tan afectuo-  
so; y los objetos de que están tomadas las imá-  
genes revelan mejor que podría hacerlo un  
largo discurso, las costumbres del pueblo en-  
tre quien se cantaba. También las revela la  
historia de Rut.

En tiempo de carestía se había partido de  
Betlem para el país de Moab el judío Elimelec,  
con Noemi su mujer y dos hijos; y habiéndose  
casado éstos, se establecieron allí con mujeres  
moabitas, una de las cuales se llamaba Rut.  
Muertos los maridos, Noemi volvió á Betlem,  
pero Rut no quiso abandonarla, y dejando su  
país la siguió. Llegaron á Betlem en tiempo de  
la siega de la cebada, y Rut dijo á su suegra:  
*Si quieres, yo iré á espigar al campo.* Y el cam-  
po á donde fué era de Booz, hombre poderoso  
y pariente de Elimelec, el cual habiendo sabido  
quien era Rut, le dijo: *Tranquízate, que*  
*nadie te molestará, antes bien, si tienes sed, ved*  
*al alto y bebe, y á la hora de la comida ven aquí,*  
*y come pan y mójalo en el vinagre.»* Así lo hizo y  
sentándose entre los segadores comió la polen-  
ta, y despues volvió á espigar. Y Booz mandó  
á los segadores que á propósito dejasen caer  
algunas espigas para que sin rubor las reco-  
giese. Y ella ató lo recogido y lo llevó á su  
suegra con los relieves de la comida. Despues  
volvió entre las criadas de Booz á espigar, has-  
ta que las cebadas y el trigo fueron guardados  
en sus trojes. Cuando despues se aventaba el  
grano de la era, Rut, por consejo de Noemi,  
llegóse ocultamente por la noche al sitio en  
que Booz dormía entre los haces de trigo, y  
descubriéndole los pies se echó sobre ellos. Él,  
despertándose, le preguntó quién era, y por ella  
supo el grado de parentesco que los unía; y á  
la mañana siguiente, habiendo logrado que el  
pariente mas próximo le cediese su derecho,  
se casó con ella.

Esto nos conduce naturalmente á hablar de  
la poesía hebrea: que si verdadera poesía es  
aquella voz del sentimiento, fecundada por el  
amor de la humanidad y de Dios, que ora, que  
lamenta los males y los consuela, elevando al  
cielo las miradas abatidas, en ningun pueblo

llenó esta gran mision mejor que entre los He-  
breos.

Toda la literatura hebrea está comprendida  
en la Biblia, libro que, como decia el insigne  
orientalista Jones «contiene más elocuencia,  
»más verdades históricas, más moral, más ri-  
»quezas poéticas, en una palabra, más bellezas  
»de todo género, que las que podrían reunirse,  
»tomando las de todos los demás libros que se  
»han compuesto en todos los siglos y en todos  
»los idiomas.» Las tradiciones rabinicas preten-  
den que la lengua hebrea fué la primitiva, en  
señada por el mismo Dios al hombre, y con-  
servada en la descendencia de Sem, y más pura  
en los hijos de Heber. De todos modos, la de-  
nominacion de lengua hebrea fué al parecer  
introducida por los griegos: lengua de Canaan,  
lengua fenicia debe ser su más antigua y más  
natural denominacion; pero se llamó judáica  
comunmente, desde que se dividieron los dos  
reinos de Judá y de Israel; el nombre de asiria  
pasó de la escritura moderna hebrea á la lengua  
misma, que suele escribirse con el alfabeto asirio.  
La lengua hebrea pertenece á la familia de las  
lenguas semíticas, ó por mejor decir, trilaterales  
que son: 1.ª la *aramea*, que comprende el cal-  
deo targúmico y el bíblico, la lengua siria, el  
dialeto samaritano, el de los sabeos y el tal-  
múdico; 2.ª la *hebrea antigua*, esto es, la bíblica,  
la tardía ó de los tiempos inferiores, y la rabi-  
nica, que comprende tambien la fenicia y la  
púnica; 3.ª la *arabe antigua y moderna* con la  
maltesa, cuyo parentesco con aquélla niegan  
algunos; 4.ª la *etiópica*. Estas lenguas tienen  
las siguientes propiedades que les son comu-  
nes: 1.ª las raizes de la mayor parte de sus  
palabras son de tres letras; 2.ª usan casi siem-  
pre tan solo de consonantes para expresar la  
idea fundamental, la cual mudando las voca-  
les se modifica, pero raras veces cambia ente-  
ramente; 3.ª hacen grande uso de sonidos gu-  
turales (ni vocales ni consonantes) de diverso  
grado de aspiraciones; 4.ª rigurosamente ha-  
blando no tienen casos; 5.ª expresan el geniti-  
vo y el acusativo de los pronombres personales  
con algunas letras añadidas al fin de la pala-  
bra; 6.ª se escriben de derecha á izquierda (á  
excepcion de la etiópica); 7.ª no tienen letras  
vocales, las cuales se suplen con puntos ó  
líneas pequeñas en la parte superior ó en la

inferior de las palabras. Estas lenguas traen  
su origen de una madre comun ya perdida, la  
cual parece haber sido en gran parte biliteral  
ó monosilábica, enteramente natural y onoma-  
topéica, la primera que habló el género huma-  
no, probablemente jamás escrita, y que por  
efecto de la division de las sociedades huma-  
nas, del clima y de la índole diversa de las  
diferentes naciones, se dividió en las antedi-  
chas, de las cuales la hebrea antes que fuese  
escrita era idéntica á la aramea; así como la  
árabe era en tiempos antiguos semejante á la  
hebre, y en épocas aun más remotas seme-  
jante á la aramea.

La familia de Abraham, al adoptar la lengua  
de los cananeos, necesariamente hubo de con-  
servar, á lo ménos por algun tiempo, várias pa-  
labras, formas y maneras arameas que poco á  
poco fueron desapareciendo, luego que, esta-  
blecidos los hebreos en la tierra de Canaan, tu-  
vieron roce continuo con los indígenas; de suer-  
te que las frases arameas llegaron á ser sonidos  
anticuados.

El hebreo recibió formas estables en tiempo  
de Moisés, y se conservó por nueve siglos sin  
grande alteracion, hasta que en tiempo de Ma-  
nasés se introdujeron costumbres y ritos nue-  
vos, y con ellos el uso de la lengua caldea. Du-  
rante la esclavitud de Babilonia se mezcló el  
hebreo con el idioma de los vencedores, y cesó  
de hablarse, quedando reducido puramente á  
lengua de la liturgia y de los libros. No es esto  
decir que, al volver á su patria, hubiesen per-  
dido los judíos el conocimiento de su idioma,  
que aun despues de la caída de Jerusalem, se  
conservó entre una parte de la nacion; pero ya  
antes de aquella desventura se habian introdu-  
cido muchas voces no bíblicas, y términos y  
giros arameos, además de los vocablos griegos  
y latinos. En este idioma de los tiempos infe-  
riores están escritas la Misna y muchísimas  
sentencias y narraciones de doctores talmúdicos  
de la Palestina. Débese, sin embargo, distinguir  
esta lengua posterior de la rabinica propiamente  
dicha, esto es, de la que no fué jamás lengua  
del pueblo, sino propia de los rabinos y doctos.  
Pueden, por lo tanto, distinguirse en el hebreo  
tres edades; la edad de oro, que comprende los  
libros escritos antes de la emigracion á Babilo-  
nia, ó sea la ciudad del hebraísmo bíblico puro;



la edad de plata, que contiene los libros escriturales posteriores á la emigracion, ó sea la edad del hebraismo bíblico posterior, y la edad de cobre ó del hebraismo posterior no bíblico, llamado comunmente idioma rabínico.

La lengua hebrea tiene sobre los demas idiomas semíticos el mérito de la mayor brevedad, y de un espiritualismo suyo propio. De tres elementos se compone todo idioma: vocales, consonantes y aspiraciones, y á estas últimas se refieren las consonantes que pueden ser duras ó suaves como *G y J, C y Z, D y T, B y P, V y F*. Las consonantes verdaderas forman el esqueleto, por decirlo así, de las lenguas; las vocales la parte música; pero la aspiracion, elemento oculto, corresponde al espíritu superior. Predomina la consonante en el griego, en el persa y en el alemán; la parte música en el italiano vulgar y la aspiracion más que otra ninguna en el hebreo, el cual por esto corresponde mejor al objeto de expresar la sagrada revelacion. Muerta hace tantos siglos esta lengua, mal podria juzgarse de su armonía; sin embargo, el gran número de aspiraciones y de letras guturales que tiene, indican cuán eficaz y apasionado debia ser su acento.

Si no es tan rica y perfecta como el sanscrito, en cambio ninguna otra es más poética ni más copiosa en imágenes y tropos. Abundan en ella verbos expresivos y pintorescos, cuyas raíces incluyen por lo general la idea de tiempo, mientras la escasez de adjetivos impide la redundancia de epítetos que daña á veces á los escritos griegos, y da al estilo una entonacion viva, animada y robusta. Por otra parte, ninguna lengua expresa con unas mismas palabras, tan perfectamente como el hebreo, el objeto exterior y la impresion interior. Los verbos hebreos no tienen, propiamente hablando, más que dos tiempos indeterminados, ondeantes entre el presente, el pasado y el futuro: falta que da mayor carácter de inspiracion á su poesía, en la cual al presente se une la idea profética del porvenir, y entrambas se confunden en la eternidad. Estos dos tiempos mismos alternan muchas veces; de suerte que una cosa que en el primer hemistiquio de un versículo se refiere como pasada, en el segundo se expresa en futuro.

En el hebreo no hay tanta diferencia entre

la poesía y la prosa como en las otras lenguas; y el escritor, sin mudar de forma, pasa de la prosa más sencilla á la poesía más elevada.

La literatura hebrea se funda enteramente en la religion; y la esencial diferencia que mediaba entre ésta y la de los griegos y romanos, hizo que no pudieran entender la literatura, como tampoco entendieron el modo de vivir de aquella nacion; así es que por mucho tiempo ignoraban hasta la existencia de los libros santos. Sólo despues que Tolomeo Evérgetes los hizo traducir, pudieron algunos, como el retórico Longinos, notar su sublimidad; otros los consideraron como desarrollo de las ideas platónicas. El que pretendiese hoy buscar en ellos las formas escolásticas, nuestras epopeyas y nuestros dramas, seria como el que quisiera medir con el compás de Vitrubio el templo de Salomon con aquellas proporciones colosales, con el mar de bronce sostenido por doce toros, y los querubines cubriendo el arca con las alas extendidas, y los misterios del tremendo santuario, en cuyo fondo tenebroso reposaba Jehová. Allí desde los hechos de una genealogía se pasa súbitamente al más remontado lirismo; de una sencillísima narracion á una ferviente plegaria; de un minucioso reglamento á una inspiracion profética; la belleza brota de las cosas mismas y de la fuerza creadora de la voluntad; y tal vez no se encuentra un pasaje en que lo bello predomine tan sólo como bello, al paso que se encuentran á cada momento palabras de vida, en que va unida la mayor sencillez y claridad á una profundidad inimitable.

También la historia se reviste en la Escritura de formas muy distintas de las clásicas; y mientras la curiosidad nacional encontraba en ella las dinastías, ciencia á la cual eran aficionados aquellos pueblos, la humanidad hablaba la respuesta de los problemas más áridos que el vulgo ó los doctos puedan proponer. Moisés no se detiene, como los demas escritores del *Genesis*, á hacer comentarios ni explicaciones, lisonjas de la curiosidad y del orgullo; pasa ligeramente sobre la historia de los primeros patriarcas; pero con palabras precisas é inteligibles para todos, sienta el dogma esencial del Dios único, libre creador, y de la descendencia de un solo hombre. Y de tal manera el narrador se queda absorto ante la grandeza

de este Dios, que ni aún se admira demasiado de sus obras; y de aquí proviene la sublimidad de aquellas expresiones: *Dios dijo: haya luz, y hubo luz; Dios vió que la luz era buena; y dividió la luz de las tinieblas.*

Ocho capítulos nos conducen desde Adam hasta Abraham, edad que los demas pueblos llenan de una turba de divinidades. Los que piensan que en estos capítulos se valió Moisés de documentos anteriores, conservando, no sólo el fondo, sino también las formas, se apoyan en ciertos vocablos que no se encuentran en ninguna otra parte, y en algunos versículos de rima poética que parecen citas. Aun cuando se tengan por fábula los quince libros que se suponen escritos por Henoc, y las columnas en las cuales, según cuenta Josefo, los descendientes de Set antes del diluvio escribieron muchas cosas para conservarlas en provecho de los que sobrevivieran al gran cataclismo, nada se opondrá á que Moisés se valiese de las propias palabras con que la tradicion patriarcal se habia conservado.

Cuando llega á hablar más especialmente del pueblo de Israel, es cuando más se extiende en su narracion; y la grandiosa sencillez de los hechos se une en sus escritos á la ingenuidad de las palabras, de modo que algunos los hacen superiores á los de Homero. Luego, en el *Éxodo* y en los *Números*, la sencillez de las familias patriarcales se cambia en la misteriosa grandeza del Egipto, en la amplitud de los desiertos de Arabia, y otras veces se exhala en himnos de sin par grandeza, que tanto más conmueven, cuanto más natural es su estilo.

Siguen despues las historias comprendidas en el libro de Josué, del cual se cree que fué autor este capitán, y las crónicas de los profetas contemporáneos, que con frecuencia se refieren á anales y memorias públicas ya perdidas. Estas mismas memorias, las ideas sacerdotales manifestadas en ellas, y la voz del pueblo expresada por los profetas, son los tres elementos de que se valieron aquellos historiadores; los cuales se distinguen enteramente de los profanos, porque escriben un gran drama de que son actores Dios y el pueblo. La observancia ó la violacion de la ley, y las consecuencias que de una y otra se derivan, la mision de los profetas, y las maravillas que ejecutaron, detienen

al narrador, el cual pasa luego muy por cima de lo que no viene á ser sino de pura curiosidad. Mucho más agradan las bellezas literarias de la *Biblia*, á quien se representa las costumbres de aquel tiempo, semejantes á las de los beduinos del dia, los cuales, aficionados á narraciones, á veces se detienen en sus correrías, se apiñan en torno de un narrador, y manifiestan en sus bronceados semblantes los movimientos de ansiedad, de cólera, de compasion que en ellos se suceden. Si un grave accidente amenaza al héroe, interrumpen el cuento exclamando: *no, no, Dios lo preserve*; si se engolfa en la pelea, empuñan el sable; si cae víctima de una traicion, gritan maldito sea el traidor; si sucumbe suspiran, y exclaman: *Dios lo reciba en su misericordia*; si triunfa, aplauden, y gritan *gloria al Señor de los ejércitos*. El narrador alarga el discurso deleitándose en las circunstancias más minuciosas, no omitiendo ni un solo eslabon de las genealogías, repitiendo frases de convencion y proverbios, deteniéndose á describir las maravillas de la naturaleza, y especialmente la hermosura de la mujer, y terminando siempre con esta exclamacion: *gloria á Dios que ha criado á la mujer*.

Así me figuro yo á los hebreos, escuchando atentamente de boca de cualquier jeque las historias conservadas en las crónicas ó en la tradicion.

Entre los demas libros del *Pentateúico*, el *Levitico* contiene la constitucion del sacerdocio, y los pormenores de un culto, sombra y preparacion del sacrificio eterno é incruento que lo debia reemplazar. *El Deuteronomio* comprende las últimas instrucciones de Moisés á los israelitas, y concluye con el sublime cántico de accion de gracias.

A los cinco libros del *Pentateúico*, siguen los de Josué, los de los Jueces, los dos Samuel, los dos de los Reyes, los *Paralipómenos*; y luego los de Job, Rut, Ester, Esdrás, y Nehemias; á los cuales se agregan los *Salmos*, los *Proverbios*, el *Eclesiastes*, el *Cántico de los cánticos*, los cuatro profetas Menores y los doce Mayores; y además la Iglesia católica ha aceptado como canónicos los libros de Judit, Tobias 1.º y 2.º de los Macabeos, la Sabiduría, el *Eclesiástico*, Baruch, parte del libro de Daniel, y el de Esdras.

Son tratados de moral, *Proverbio*, el *Ecle-*